

da reacción que tienen ambos como hombre y mujer simplemente. La pasión nunca fué más visible y descarada. El juego de Raimunda ha sido peligroso. Ella misma aceleró el final. Es una mujer sencilla y vulgar. Acercó el fuego a la estopa.

Esteban es un abúllico. Le obsiona una realidad física y se ve perseguido sin saberse desprender de ella. Escoge el camino más sencillo. Se deja llevar. Va tomando resoluciones torpes, va alargando con malas artes una situación que a la postre tiene que terminar de mala manera. Impide una boda y empuja al Rubio a cometer un crimen. Esteban es un prisionero de sus pasiones. Termina siéndolo del Rubio y al final de la justicia.

El Rubio, junto a Acacia, es el otro personaje interesantísimo de la obra. La ambición de éste, que fué el mando, puede ahora explayarse y hablar de igual a igual en casa de los amos, gritar, e incluso amenazar. Sus primitivos deseos están satisfechos.

Rubio. . . .—Deje usted que pregonen; usted es la que tié que callar.

Raimunda.—Porque tú lo quieres. Pues mira que solo de oírtelo a tí, ya me entran ganas de gritarlo ande más puedan escucharme.

Rubio. . . .—No se ponga usted así, que no hay razón pa ello.

Raimunda.—¿No hay razón y habéis dao muerte a un hombre? Y ahí tenéis a otro que han podido matar a causa vuestra.

Rubio. . . .—Y ha sío lo menos malo que ha podido suceder.

Raimunda.—Calla, calla, asesino, cobarde.

Rubio. . . .—(dirigiéndose a Esteban): A usted le dicen, señor amo.

El Rubio es un peligroso ejemplar de monomaniaco de poder, de mando. Es peligroso porque para conseguir sus fines no le importa descerrajar un tiro.

Sin llegar a estos extremos, que por ser extremos son anormales, en cuanto a violencia, para conseguir sus propósitos, este ansia de mando late oculto en casi todos los pechos campesinos.

No he visto jamás a un hombre más satisfecho que a un mayoral de dehesa

mandando con voz imperiosa a las cuadrillas de ojeadores en una cacería.

De estas ansias de mando, contenidas y comprimidas como el fuego

Comprendemos y adivinamos el ambiente (6).

Comprendemos que el sol calcinante de los desiertos americanos



en un volcán, suelen surgir, al menor movimiento de revuelta o motín, «campesinos» carniceros que por desgracia conocemos bien los españoles.

Así sientes cómo someramente hemos bosquejado estos cuatro personajes de «La Malquerida» benaventina.

Así son los seres que habitan el campo toledano y así hablan de las cosas que conocen.

Acacia. . . .—Es muy precioso el aderezo.

Eusebio. . . .—Es lo más aparente que se ha contraído.

Raimunda.—Demasiado para una labradora.

Eusebio. . . .—¡Qué demasiado! Déjame estar. Con más piedras que la Custodia de Toledo lo hubiera yo querido.

* * *

Las cosas que pasan en «La Malquerida» son cosas que pasan siempre porque esos seres también existen y existirán siempre.

Son las pasiones de la humanidad que se incuban y crecen en lugares apropiados. El calor en parajes desérticos y desolados, hace difícil la vida y las circunstancias. Por eso de estas cosas sabemos bastante los españoles. Mejor que saberlas las comprendemos.

Comprendemos el misterio, el silencio cerrado y defensivo de los Dominici en el triple crimen de Lurs. Silencio de clan patriarcal y primitivo.

haga rudos a sus habitantes. Sangre hirviendo y rabia física. Comprendemos la sensualidad, la crueldad de «Duelo al sol». También América del Norte supo «ver» «La Malquerida» (7).

Cambian las ropas, las costumbres locales, la época, el léxico, el idioma y sus «modismos», pero el fondo sigue siendo siempre el mismo.

El «secreto» está en saber aclimatar y aclimatarse. Colocar a cada uno en su sitio.

Lo demás es sobradamente conocido, y por conocido siempre interesante. Es la humanidad que se quiere ver una y mil veces en los espejos de las mil caras en un constante y morboso deseo narcisista. Y una y mil veces, como Narciso, la humanidad se ahoga porque no le sirven desgraciados «ejemplos» en cabeza ajena.

Vienen las cosas como son y la humanidad no puede evitarlas. Rie, sufre, goza, se atormenta, disfruta, padece, ama, se venga, reza, maldice y muere.

En tierras de Toledo, como es natural, también pasan estas cosas.

La fórmula no puede ser más orteguiana: el «yo» de cada cual y las «circunstancias» que le rodean. Eso es todo y además parece sencillo.

FRANCISCO ZARCO MORENO

Toledo a 14 de Julio de 1955.

(6) Alfonso Sastre estrenó en la temporada pasada una buena obra dramática, «La Mordaza», basada en este suceso.

(7) De «La Malquerida» se dieron, durante la temporada 1920-1921, 866 representaciones en Broadway. Llevaba por título «The Abhrrred», y su intérprete fué Nance O'Neill.